

BUENOS AIRES EN CRUDO*

Del revés. Así parecen estar escritos estos textos que presentamos. No por enrevesados, confusos o mañeros. En cada escrito pueden reconocerse autores que no comparten estilos, ni tampoco un común tinglado de ideas. No hay en ellos un modelo unitario para pensar la ciudad. Lo de unitario –aclaro– no es una referencia política, como tampoco la idea de “crudo” alude al autonomismo alsinista.

Sus tonos, disímiles, forman un amplio coro. Pero no agotan los múltiples registros que ha alcanzado la crítica de la ciudad. Selección, recorte, que intenta recuperar algunos de ellos. Todas hablan de Buenos Aires, ciudad propia o apropiada, aunque más no sea por el tiempo en que la habitaron o del que necesitaron para poseerla por escrito. Sus voces no parten desde el lugar común que elige una prosa dulzona, almibarada. No es esa poética que se formula desde el encuentro “con la belleza de sus calles”, ni la tanguera que se esgrime desde un envolvente candor, el que sitúa a la ciudad como reemplazo del regazo maternal, en el mejor de los casos o en la turística visión *for export*; tampoco es la eterna propuesta de una París de América, como se decía en la época del Centenario.

Son textos profanos. Ciudad profana o ciudad profanada, entonces. Líneas que bocetan una ciudad sin estética, fea, de contornos mal trazados, de habitantes indeseables. Buenos Aires, como toda ciudad nueva, sin planificación previa, es un sitio de constantes cambios: incluso desde el original Santa María de los Buenos Aires, que con el tiempo perdió su parte religiosa para quedarse sólo en con su adjetivada atmósfera. Otros cambios más estructurales son los que narran estos textos.

La selección –decíamos– abarca un amplio abanico: en fechas, desde 1871 al 2001; en hechos: de la epidemia de fiebre amarilla a la Buenos Aires shoppinizada; en voces: de Cacciatore a Rozitchner, de la Ocampo a Viñas. No conviene reducir la unidad de estos textos a una expresión refunfuñada frente a los cambios urbanos. Pero sí se puede rastrear, tras algunos argumentos e imágenes explícitas, la contraposición entre la ciudad real y una ciudad ideal. Es claro en la visión ordenancista del ex-intendente bajo la dictadura pero también en la irritada descripción de Alberto Prebisch.

Cuando la ciudad real se les hace insoportable, los escritores toman distintos caminos: la crítica, las propuestas de traslado (hacia otras regiones en las que se pueda diseñar, sí, una ciudad ideal) de sus funciones administrativas y federales, o las propuestas de reformas urbanas. Otros refutadores más que encandilarse con alguna urbanidad utópica, narran su habitar apasionado y dolorido, impaciente y crispado, por Buenos Aires. Porque del lado de los que ensalzan y no critican – aquellos, decía, de la visión edulcorada– tampoco se presenta una visión objetiva de la ciudad. Idealizan aquello que otros se niegan a reconocer. Mientras de esta negación surgen preguntas, de aquellas imágenes sólo elogios.

La idea de crudeza aparece por la tensión misma que surge de los textos. Trazos que, como rayas sobre un suelo árido, marcan los contrastes urbanos en el espacio textual. En varios de estos escritos lo crudo aparece, en posiciones exentas de sutileza, despojadas de ornamentos. Como una formulación estética que se hace carne de aquello que toma como objeto de análisis haciendo pie en los contrastes.

A la propuesta oficial de instaurar una Buenos Aires productiva, con una vida nocturna que remite a un pasado mítico, la de la ciudad que “no duerme”, se le opuso una Buenos Aires que “me mata”, o que “me aburre”, como sugería Enrique Symns. Dos ciudades surgen desde el editorial de *La Prensa* en 1871, o en algunas décadas después en la nota de Rafael Barrett. Ciudad de contrastes: de la chatura de sus edificios a las reformas disparatadas, de una ciudad prostituta como denuncia Gálvez a la ciudad deseante que nos propone María Moreno, de los enfrentamientos de clase de 1919 a los que se producen por sus desperdicios, de la ignorancia ciudadana –que describe Florencia Escardó– por el espacio urbano a una mirada totalizadora del cronista artliano.

Aún hoy, encontramos en las cartas de lectores de diarios, en comentarios periodísticos o en conversaciones callejeras el grito escandalizado y la queja que la actual Buenos Aires sigue despertando. Calles ocupadas, negocios cerrados, chicos y grandes pidiendo, graffittis por doquier,

* Selección, notas e introducción de Guillermo Korn.

gente cirujeando por las calles y monumentos saqueados, encabezan la lista de reclamos. El tono de la refutación atraviesa o subyace a nuestros lenguajes urbanos.

Aún sin que lo sepan quienes lo hablen, en sus dichos contemporáneos emerge una larga continuidad. Así, hablar hoy de los cartoneros como invasores, como extraños que entran a la ciudad, puede ser inscripto en la larga lista de desdenes con que se trató a los recién llegados en cada época. No es necesario que los nuevos refutadores se sepan herederos de esos tonos anteriores, que reconozcan el sabor antiguo de su decir. Nos interesa, por el contrario, atisbar ciertos modos de habitar la ciudad y de narrarla enfatizando aquello que disgusta o que inquieta.

Guillermo Korn*

* Sociólogo, egresado de la Universidad de Buenos Aires, y ensayista. Ha publicado *Sábato o la moral de los argentinos*.